

LA ARAÑA Y LA MARIPOSA LENA SVENSSON

• EL CUARTO CASO DE GRETA LINDBERG •



VESTALES

© Editorial Vestales, 2015.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Svensson, Lena
La araña y la mariposa, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2015.
512 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-06-6

1. Narrativa sueca. 2. Novelas de suspenso. I. Título
CDD 839.73

ISBN 978-987-3863-06-6

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2015 en Gráfica LAF SRL, Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Tú solo te sientas ahí
como una mariposa encerrada en cristal;
eres tan frágil que te puedes romper.*

Who was that masked man, Van Morrison.

*Muchos homicidas lunáticos son
muy tranquilos; gente sencilla.
Amigos encantadores.*

Diez negritos, Agatha Christie.

PRÓLOGO

Mora, 9 de febrero de 1980.

EL TELÉFONO DESPERTÓ AL AGENTE KARL LINDBERG CERCA de las siete de la mañana. Se había acostado muy tarde la noche anterior y le costó discernir si lo que retumbaba en sus oídos era efectivamente el teléfono o la maldita alarma del reloj despertador que sonaba cuando se le antojaba. Se rascó la cabeza y barrió la habitación con los párpados entornados. En algún momento, mientras estaba dormido, había llegado a rodar hasta el otro lado de la cama, así que estiró el cuerpo para alcanzar el teléfono. Su torpe mano chocó con el aparato y logró sujetar el tubo antes de que cayera al suelo.

—Lindberg —dijo después de emitir un sonoro bostezo para que no le quedaran dudas a la persona que llamaba de que acababa de interrumpirle el sueño.

—Buenos días, agente.

Como si lo tuviera enfrente, Karl se incorporó de inmediato y, al hacerlo, se golpeó la cabeza con el respaldo de la cama. Se mordió los labios para no soltar una palabrota.

—Buenos días, inspector. —No era usual que el inspector en jefe, Bjarne Fälemark, lo llamase a su casa un lunes tan

temprano por la mañana. Si se había molestado en levantar el teléfono para comunicarse precisamente con él, que apenas llevaba un par de años en la comisaría, debía de tratarse de algo importante.

—Necesito que se presente de inmediato en el internado Brandeby: han denunciado la desaparición de uno de los niños. Grahn ya está al tanto y lo espera en el lugar —le informó.

Luego, sin despedirse siquiera, cortó. Karl se quedó mirando el teléfono durante unos segundos antes de reaccionar.

Una desaparición.

Parecía un caso importante; tal vez, el más importante desde que se había graduado en la Escuela Superior de Policía. En un pueblo como Mora, con menos de diez mil habitantes, el delito más grave al cual se había enfrentado había sido una reyerta entre dos granjeros que se disputaban un pedazo de tierra. La situación se había salido de control cuando uno de los involucrados le había prendido fuego al tractor del otro. Más allá de ese incidente, y algún que otro acto de vandalismo de parte de un grupo de muchachos que se emborrachaba los fines de semana, la vida de policía, en un lugar como aquel, resultaba demasiado monótona.

Su madre y su hermana, Ebba, apenas un año menor que él, creían que estaba desperdiciando su talento al quedarse en el pueblo y lo habían instado a mudarse a Gotemburgo o a Malmö; incluso estaban convencidas de que podía hacer carrera en la policía de Estocolmo; sin embargo, nunca había entrado en sus planes marcharse de Mora. Había nacido y se había criado allí, le gustaba pescar en el lago o salir a cazar por los alrededores. Era su lugar en el mundo, y no lo cambiaba por nada. Además, había un motivo que lo ataba al pueblo desde hacía unos meses: Sue Ellen Carlisle. La muchacha, de origen inglés, se había mudado a Mora después de que su abuela había muerto

y le había legado una casa. Trabajaba como maestra de primer grado y, además, escribía poemas y llevaba publicados tres libros en su país natal.

Karl la había conocido en una reunión en casa de su amigo Lars Magnusson, ya que su esposa, Mia, y Sue Ellen enseñaban en la misma escuela. De inmediato fue cautivado por una llamativa cabellera roja, que casi siempre llevaba trenzada en un costado de la cabeza, y por unos enormes ojos verdes, que parecían mirar todo con excesiva curiosidad. El flechazo había sido mutuo, y, a partir de esa noche, se volvieron inseparables. Llevaban saliendo algunos meses y, aunque todavía era demasiado pronto, estaba pensando seriamente en proponerle matrimonio. La amaba y sabía que era ella la mujer con quien quería pasar el resto de su vida.

Se peinó el pelo con los dedos y saltó fuera de la cama. Unos cuantos minutos bajo la ducha terminarían de despertarlo. Escuchó que la vecina, la señora Stridner, llamaba al perro, seguramente para sacarlo a hacer sus necesidades, y, a través de las delgadas paredes del apartamento, también podía oír discutir en japonés a los Tanaka. El ruido del agua amortiguó cualquier sonido, y, mientras tarareaba una canción de Los Beatles, pensó que esa tarde pasaría por lo de Sue Ellen para invitarla a cenar.

* * *

El internado para varones Brandeby era una de las instituciones escolares más reconocidas del país. Había sido fundado casi cuatro décadas atrás y por esas aulas habían pasado varias generaciones de alumnos que se habían convertido en personalidades destacadas dentro de la comunidad. No cualquiera ingresaba al internado, ya que el elevado costo del arancel men-

sual solo podía ser solventado por familias de muy buena posición económica; aquellos padres que no contaban con el dinero suficiente para enviar a sus hijos al colegio, al menos tenían la posibilidad de solicitar una beca.

Una de esas familias eran los Roth, quienes, tras inscribir a su hijo Thomaz en el Programa Nacional de Becas, habían conseguido que el pequeño de ocho años fuese aceptado. Y ahora, Thomaz estaba desaparecido.

Cuando el agente Lindberg arribó al lugar, todavía no había despuntado el sol, y el espeso manto de nieve que había dejado la última tormenta cubría los costados del camino. El colosal edificio de dos plantas de estilo neoclásico era una construcción porticada revestida de granito blanco que ocupaba buena parte del terreno y estaba ubicado al sur del pueblo, en Rishagsvägen.

Se bajó del auto, un Volvo 144 Deluxe color azul cobalto, y el aire helado lo obligó a subirse el cuello del abrigo. Se miró las manos enrojecidas y farfulló una maldición por haberse olvidado los guantes, la noche anterior, en casa de Sue Ellen. Se miró en el espejo retrovisor solo para comprobar que la nariz también había adquirido ese típico color rojizo que lo hacía ver como Cavity Sam, el paciente del juego Operación. Avanzó por el estrecho sendero que conducía a la entrada principal y vio el auto de Frederic Grahn estacionado a un costado del edificio.

El forense salió a recibirlo con una expresión de desconcierto en el rostro. Tenía un par de años más que él, y trabajaban juntos desde que se había incorporado a la fuerza. Formaban un buen equipo, no solo en el área laboral; también solían ir a pescar juntos al lago Vänern algún que otro fin de semana.

—Lindberg, qué bueno que llegaste. —Se frotó las manos para calentárselas y lo escoltó hacia el interior del edificio.

—¿Qué tenemos?

—Thomaz Roth, ocho años, volvió anoche al internado después de pasar el fin de semana en su casa, y esta mañana ya no estaba.

En el enorme vestíbulo, sentada en un sillón, vio a una pareja joven tomada de la mano. Grahn le murmuró que se trataba de los padres del niño. Muy cerca de ellos, una pelirroja, enfundada en un ajustado *tailleur* color beige, caminaba en círculos mientras se mesaba frenéticamente el cabello. Karl pensó que era bonita y, si no hubiese sido por que sus ojos eran negros, hasta le habría encontrado cierto parecido con Sue Ellen. La mujer se detuvo, de repente, cuando reparó en su llegada.

—¿Es usted el oficial a cargo? —preguntó y lo miró de arriba abajo.

Karl se quitó la bufanda y extendió el brazo hacia ella.

—Así es, señorita. Soy el agente Lindberg, y usted es...

—Maria Nûjen, soy la asistente del director. Él no ha llegado todavía, pero me pidió que le dijera que estará aquí cuanto antes. Estuvo el fin de semana en Estocolmo, y, apenas supimos lo de Thomaz, le avisamos.

Karl asintió. Rápidamente sus ojos claros pasaron de la pelirroja a la pareja que seguía sentada en el sillón. Cuando el hombre lo miró, se le hizo un nudo en la garganta. Nunca le había tocado lidiar con los padres de un niño desaparecido y, por un segundo, las palabras se le atoraron.

—Señor Roth, señora... —Fue Frederic Grahn quien intervino ante el silencio de su compañero—. Necesitamos hacerles algunas preguntas.

La mujer ni siquiera levantó la cabeza. En una mano sostenía la foto de quien, supuso Karl, sería su hijo, mientras que, con la otra, apretaba la de su esposo al punto de que la piel de los nudillos se le había vuelto blanca.

El oficial miró de soslayo al forense para darle a entender, con un gesto que nadie más percibió, que él podía arreglárselas sin colaboración. Lo envió a la habitación del niño para recolectar evidencias y, una vez que se quedó a solas con los padres y la señorita Nûjen, sacó la libreta de anotaciones.

—Según tengo entendido, los internos pasan el fin de semana con la familia y vuelven el domingo por la tarde. —La asistente del director asintió—. ¿A qué hora llegó el niño ayer?

—Thomaz —replicó Viktoria Roth y lo taladró con los ojos aguados—. Mi hijo se llama Thomaz.

—Lo trajimos a eso de las seis —terció el esposo.

Karl asintió.

—¿Qué hizo Thomaz después de que sus padres lo dejaron? —preguntó a la asistente.

—Estuvo un rato en el salón de juegos junto a los demás niños hasta la hora de la cena, que siempre es a las siete. Luego, subió a su habitación y, esta mañana, cuando no bajó a desayunar, nos dimos cuenta de que ya no estaba.

—¿Compartía el cuarto con alguien más?

La pelirroja asintió; luego, le indicó que mirara hacia el comedor en donde un grupo de cinco niños se mantenían entretenidos mirando la televisión.

—Su compañero se llama Kasper Høgh, es el niño del suéter verde.

—¿Qué ha dicho él al respecto?

—Kasper asegura que anoche, cuando se durmió, Thomaz estaba en la cama y que, esta mañana, cuando no lo vio, pensó que ya se había levantado, porque solía estar en pie antes que los demás niños —respondió Maria Nûjen antes de soltar un suspiro tan hondo que hizo que la chaqueta del *tailleur* se le ajustara a la altura de los pechos.

El joven agente apartó la vista de inmediato y se enfocó en su rostro.

—Me gustaría hablar con él a solas. ¿Hay algún lugar donde podamos hacerlo?

—Venga por aquí, agente. —Lo condujo hasta una puerta en la cual se podía leer “Ulf Billengren” en grandes letras doradas y, debajo, resaltaba la frase “Director General”—. Tome asiento, por favor. Enseguida traigo a Kasper.

Apenas cerró la puerta, Karl se dedicó a admirar el despacho. El lugar, atiborrado de muebles y con un gran ventanal que daba al bosque, concordaba con el resto del edificio: soberbio y elegante. Las butacas eran de cuero rojo y, sobre los estantes de una de las bibliotecas, había una colección de fotografías de niños. Se acercó y comprobó que se trataba de imágenes de las distintas generaciones que habían pasado por Brandeby, ya que los alumnos llevaban el uniforme del internado: unos pantalones grises, una camisa blanca impoluta y un corbatín azul. Buscó la más reciente, en la cual, además de los niños, aparecían la señorita Nûjen, un hombre de traje oscuro que, imaginó, sería el director y, más atrás, un grupo de cuatro mujeres, que seguramente eran las encargadas de impartir las clases. Distinguió una figura algo encorvada en el fondo de una de las fotografías, era un individuo joven de aspecto algo tosco que miraba a uno de los niños. ¿Quién sería? Todavía era demasiado pronto para saberlo, pero no tardaría en averiguarlo. Aquel podía ser su primer caso importante, y no pasaría por alto ningún detalle.

La puerta se abrió, y Maria Nûjen entró: llevaba a Kasper Høgh de la mano. Se acercó a ambos y le pidió a la mujer que los dejara a solas; ella, al principio, se mostró algo reticente, pero terminó por ceder.

—Siéntate, Kasper. —Movi6 la butaca para 6l, y el ni6o obedeci6.

Karl lo observ6 atentamente antes de disparar la primera pregunta. No lucía asustado, aunque sí un poco distraído.

—Dime, ¿qué fue lo que pas6 anoche con Thomaz?

El ni6o se encogi6 de hombros.

—No sé, se6or —respondi6 mientras balanceaba los pies.

—¿No viste ni escuchaste nada?

Neg6 con la cabeza; no lo mir6 y, por un instante, tuvo la sensaci6n de que algo le ocultaba. Se puso en cuclillas para estar a su altura y le sonri6.

—¿Seguro? Mira que cualquier detalle que a ti te parezca insignificante puede ayudarme a resolver el caso. Supongo que tanto t6 como tus amigos quieren que Thomaz aparezca.

—SÍ, se6or.

—¿Entonces, no recuerdas nada?

Hizo silencio, como si necesitara tiempo para armar una respuesta. ¿Qué le estaba ocultando? ¿Qué podría guardarse para sí alguien de su edad? ¿Cuánto tendría? ¿Siete, ocho? No quería presionarlo, pero, si sabía algo sobre la desaparici6n de Thomaz Roth, no se iría hasta que se lo dijese.

—No debes tener miedo; si viste o escuchaste algo, ahora es el momento de que lo digas.

—Es que si le digo lo que sé, los papás de Thomaz se van a enojar mucho —respondi6 al tiempo que bajaba considerablemente el tono de voz mientras miraba hacia la puerta.

—No, no se van a enojar —lo tranquiliz6—, al contrario, ellos quieren saber qué pas6 con su hijo. —Le sonri6 para instarlo a que soltase eso que aseguraba saber.

—Thomaz no desapareci6. —Se acerc6 a 6l y se cubri6 la boca con la mano para hablarle al oído—. 6l se escap6 anoche, yo lo vi.

Karl lo miró. Trató de indagar en aquellos ojos azules si le decía la verdad o solo estaba jugando. Decidió seguir con las preguntas.

—¿Y por qué querría Thomaz escaparse del internado?

Kasper volvió a guardar silencio.

—¿Había alguien que lo molestaba? ¿No le gustaba estar aquí?

—A ninguno de nosotros nos gusta este lugar —respondió y curvó la boca en un gesto de fastidio.

—¿A Thomaz tampoco?

—Tampoco.

—¿Lo viste cuando se escapó?

Kasper asintió, aunque, otra vez, había desviado la mirada.

—¿Te dijo algo?

—No... Me hice el dormido, pero vi cuando metía su colección de mariposas en la maleta antes de irse.

—¿Sabes a qué hora fue eso?

Negó con la cabeza. ¿Sería posible que Thomaz Roth se hubiese escapado del internado? Se resistía a que el caso de desaparición que acababa de caer en sus manos se convirtiera de golpe y porrazo en la aventura de un niño travieso. Había algo que no le cerraba. Si de verdad había huido, ¿lo habría hecho solo o con la ayuda de alguien? Afuera hacía un frío de los mil demonios como para atreverse a salir en medio de la noche. De repente, sus ojos volvieron a una de las fotografías que decoraban la biblioteca. La buscó y se la mostró a Kasper.

—¿Cuál es Thomaz?

Kasper señaló a un niño de pelo oscuro sentado en el extremo derecho de la primera fila. No sonreía y parecía estar incómodo.

—Esa foto la hicieron en el verano, antes de las vacaciones —manifestó y se buscó a sí mismo en la imagen.

—Dime, Kasper, ¿quién es el muchacho que aparece detrás?

—Es Gregor, cuida el jardín y arregla las cosas cuando se rompen. A nosotros nos da miedo, pero la señorita Nûjen dice que es bueno.

Cuando Karl puso más atención a la fotografía, descubrió que el tal Gregor tenía algo debajo del brazo. Era un objeto cuadrado de madera, y, al preguntarle a Kasper si sabía qué era, la respuesta que le dio lo dejó con más dudas que certezas. ¿Qué hacía el jardinero del internado con la colección de mariposas de Thomaz Roth?

* * *

El inspector Fälemark irrumpió en el despacho del agente Lindberg y lo encontró con la nariz metida en una de las carpetas del caso Roth. Habían pasado dos semanas desde la desaparición del niño y no había ningún rastro de su paradero. Los padres se negaban a aceptar la posibilidad de que se hubiese escapado, mientras que, en el internado, se hicieron eco de las declaraciones de su compañero de habitación, por lo cual aseguraban que no era descabellado pensar que Thomaz, que siempre se había caracterizado por ser un niño arisco, hubiese decidido fugarse para vivir su propia aventura. Fälemark tuvo que carraspear para que Lindberg reparara en su presencia.

—Buenas tardes, inspector —dijo y arrojó, sobre un montón de papeles, el informe que se había redactado apenas unas horas después de que se había sabido que en el prestigioso internado Brandeby había desaparecido uno de los niños.

—¿Sin novedades? —preguntó el superior al tiempo que se paraba frente a la ventana.

Continuaba nevando, y, según el pronóstico, la tormenta se iba a extender al menos un par de días más. Miró caer los copos helados con aire displicente, en ese momento, las pulgadas de nieve que cubrían el suelo eran el menor de los problemas. La comunidad de Mora exigía que se hallara al niño sano y salvo; los padres incluso habían hecho una sonada aparición delante de las cámaras de televisión para suplicarle a quien fuera que se hubiese llevado a Thomaz que se lo llevara de regreso. Por supuesto, ni la demanda del pueblo, ni los ruegos afligidos de los Roth habían servido de mucho, solo habían provocado que los teléfonos de la comisaría no pararan de sonar con teorías sobre la desaparición del niño o con gente que aseguraba haberlo visto en una sucursal de IKEA o en la estación de trenes. Por supuesto, se investigó cada pista, cada nueva información, pero, al igual que el pueblo, todo se enfrió rápidamente y la policía ya no sabía por dónde continuar.

—Nada, señor. Hemos recibido la llamada de una mujer que asegura que Thomaz subió a un tren ayer por la mañana con destino a Gotemburgo, que se sentó muy cerca de ella y que incluso llevaba con él su colección de mariposas —respondió mientras se rascaba la cabeza—. La prensa se encargó de difundir detalles de la investigación gracias a la imprudencia de sus padres. —Hizo un gesto para que al inspector le quedara claro que no los culpaba, pero que, sin dudas, haber metido a los medios en todo aquel asunto solo había entorpecido su trabajo—. Por lo tanto, que alguien llame para decir que vio a un niño con una colección de mariposas, ya es moneda corriente. Parecería que a Thomaz se lo hubiese tragado la tierra.

—¿Sospechosos?

—Al principio, nos llamó la atención el jardinero del internado, Gregor Spira. Según el testimonio de los demás chicos, Thomaz pasaba mucho tiempo con él, incluso le dejaba su colección de mariposas cuando se iba a la casa de sus padres para que se la cuidara. Sin embargo, no hay nada que lo señale como responsable de la desaparición; es más, cuando hablé con el muchacho, se mostró bastante afectado y dijo que no creía la versión de que Thomaz se hubiese escapado, pero hemos revisado el internado de arriba abajo y peinamos los alrededores sin éxito. La verdad es que ya no sé qué pensar, inspector —manifestó agobiado.

—Thomaz tiene que estar en algún sitio; nadie desaparece de esa manera sin dejar rastros —replicó Fälemark tan desconcertado como él. Giró sobre los talones y lo miró directamente a los ojos—. Habrá que empezar de nuevo, agente Lindberg. Interrogar a los padres, a los demás niños y al personal de Brandeby, alguien sabe algo y no lo dice. No le quite el ojo de encima al jardinero, aunque no tengamos evidencia en su contra, es el sospechoso más viable. Al menos, hasta que surja otro caso, ocúpese de este y trate de resolverlo antes de que la prensa haga añicos nuestra reputación.

Karl lo observó mientras abandonaba el despacho; luego, sacó un cigarrillo y lo encendió. ¿Qué mierda le importaba a él la prensa o la reputación de la comisaría? Tenía en sus manos la desaparición de un niño de ocho años y, aunque nadie se atreviese a decirlo en voz alta, a dos semanas del hecho, la peor sospecha rondaba en la cabeza de todos. Le dio una honda calada a su Marlboro y se recostó en la silla. Sus ojos azules se quedaron contemplando cómo, afuera, la nieve seguía cayendo sin tregua. El caso lo estaba consumiendo, llevaba dos días sin poder dormir y tenía un humor de perros.

Pensó en Sue Ellen. Ella era su cable a tierra; sus cálidos brazos, el refugio hacia donde escapar de tanta miseria humana. Esa noche se aparecería en su casa con una botella de vino y el anillo que había comprado la semana anterior. Esa noche, le pediría que se casara con él.

En efecto, se animó a proponérselo, y ella, tras soltar unas cuantas lágrimas, aceptó convertirse en su esposa. En un abrir y cerrar de ojos, los días se fueron convirtiendo en semanas. El invierno recrudecía y, pronto, sin que nadie pudiese hacer nada para evitarlo, una importante investigación de contrabando a nivel regional enterró el caso de la desaparición de Thomaz Roth bajo la nieve.